

solo ejercicios preparatorios para los parlamentos ó asambleas nacionales, que casi invariablemente quedaban disueltas, ó como los polacos decían, destrozadas, por el *veto* de algun asistente ó fraccion. Desde 1652 hasta 1704 hubo 55 parlamentos generales, de los cuales 48 quedaron disueltos por algun veto; y de los 18 parlamentos que se celebraron entre los años 1717 y 1733 quedaron disueltos por la misma causa 11; mientras las asambleas que no se disolvieron de esta manera, además de ser completamente estériles por otros motivos, presentaban un carácter tal de confusión y de vileza que el país sintió verdaderamente como un grandísimo alivio cuando despues del primer parlamento bajo el reinado de Augusto III, pasaron 30 años sin que se reuniese ninguno (1).

Siendo, como hemos visto ahora, el rey completamente impotente para detener ni por un momento esta horrorosa anarquía, es evidente que tampoco era responsable de la aproximación progresiva y no interrumpida del país y de la nación polaca al abismo donde finalmente y sin remedio se hundió; y si bajo la dinastía sajona se manifestó realmente un cambio en la situación general de los ánimos, en el cual patriotas perspicaces vieron despues un empeoramiento, no debe buscarse el motivo en los reyes, sino en el hecho de la afeminación de aquella nobleza guerrera cuya última lucha heroica por una gran causa había sido el auxilio prestado á los vieneses contra los turcos, y que despues de concluida la guerra del Norte entre la Suecia y la Rusia no supo resistir las seducciones de una paz prolongada ni ocuparse en ninguna cosa útil. Un refran polaco dice que los nobles en tiempo de los reyes sajones no hicieron mas que comer, beber y aflojarse el cinturón. Con esto queda dicho todo. Una plebe nobiliaria que nada había aprendido fuera de la vida de aventuras, no sabía ocuparse en la paz mas que en borracheras y comilonas; vida que los arruinaba interiormente, dando razon á Aristóteles que al hablar de Esparta dijo: «Un pueblo que no sabe ninguna arte de paz sino solamente el de la guerra, queda vencido por la paz, pierde el temple acerado como el hierro, y paga con su existencia su ignorancia y la falta de educacion é instruccion tradicional.» De esta falta adolecia completamente la gran masa de la nobleza, porque no trabajaba ni podía trabajar so pena de perder su calidad. Entre los magnates, salvas excepciones rarísimas, dominaba una pasión bestial por los goces materiales que ni siquiera encontró un débil contrapeso en la lucha por las sinecuras y el poder. El vaivoda de Posen, Estéban Garczinsky, escribió en 1751 una «Anatomía de la república polaca para escarmiento y enmienda de todo cuanto esté desarreglado,» en la cual se lee: «Si Dios Todopoderoso nos enviara una lluvia en que cada gota fuese una moneda de oro, y este metal cubriera todo el país hasta que nos llegara á los tobillos, se escurriría todo hácia Breslau, Leipzig, Francfort, Danzig, Riga y Königsberg, en cambio de vajilla de plata, coches, muebles, y cosas por el estilo, absolutamente como el agua baja de las alturas á los valles y rios.»

Consistiendo la libertad de los polacos principalmente en que á los nobles era permitido todo y al rey nada; y siendo los custodios de esta especie de libertad los ministros ó altos dignatarios de la corona, era inevitable que existiera un estado de guerra constante entre los propietarios de estos empleos y la corte. Entre estos altos funcionarios era el mas importante y poderoso el gran hetman ó capitán general de los ejércitos nacionales. Este convocaba y dirigía la fuerza ar-

mada, la cual, si no servía para nada contra enemigos exteriores, significaba en cambio mucho para tener en jaque á un rey á quien no se permitía mas que una guardia real compuesta de 1,200 soldados sajones, y enfrente del cual el ministro de la guerra era un gigante. Este elevado cargo era en cierta manera hereditario en la familia de Potocki, una de las cinco principales del reino (2), y que por esta misma razon podía considerarse como la cabeza de la casta noble soberana enfrente de la corte y de sus aspiraciones, si las tenía, á ensanchar su poder. Esta familia Potocki poseía inmensos bienes en la Ucrania, Podolia, en Rusia y en la Pequeña Polonia; sus miembros vivían en palacios grandiosos y venían á ser por sus riquezas y posiciones especiales una especie de rivales del rey. Un José Potocki era desde 1736 capitán general de los ejércitos; un Miguel Potocki era vaivoda de Volhinia, otro lo era de Kieff, y un cuarto era estarosta de Grabowiec. Cada uno mantenía una corte régia con sus mayordomos de palacio, chambelanes, caballeros, monteros altos y bajos y centenares de otros empleados haraganes, todos nobles. Tenían una guardia de corps de dragones, cosacos é infantería, y además una numerosa milicia con su correspondiente artillería, y cuyos oficiales y jefes tenían el mismo carácter y consideración que los del ejército nacional. En los dilatados territorios en que mandaban en absoluto no lograba nadie un empleo ni nadie ganaba un pleito sin la voluntad de estos señores; sin su favor y consentimiento no se hacía elección alguna de delegado para el parlamento nacional ni para miembro del tribunal supremo, ni se proveía ninguna prelación ni parroquia bien dotada.

Enfrente de la inmensa riqueza, de la importancia secular y de la autoridad firmemente cimentada de esta familia con sus dignidades y sus vastos territorios, parecía la de los Czartoryski como pigmea advenediza, sin pasado célebre y sin porvenir seguro, á pesar de ser familia antiquísima y de categoría muy elevada porque descendía de los antiguos príncipes soberanos de Lituania, y podía envanecerse de la perfecta legitimidad de su título de príncipe. Todas estas ventajas no le valieron gran cosa hasta principios del siglo XVII, porque profesaba la religion cismática griega, y solo desde la citada época en que se convirtió á la religion católica empezó á prosperar. El primero de esta familia que adquirió gran importancia en la nobleza polaca fué un tal Florian Czartoryski que era obispo de Posen, y llegó á arzobispo de Gnesen y finalmente á primado de toda la Polonia, y murió en 1674. El segundo individuo célebre de esta familia fué Casimiro, sobrino del anterior, que con su esposa Isabel Morstyn, mujer de dotes verdaderamente extraordinarias, fundó la casa propiamente conocida desde entonces por la familia Czartoryski. A los dos primeros de sus tres hijos estuvo reservado un gran papel en la historia de Polonia; el primero Miguel Federico nació en 1696, y el segundo Augusto Alejandro en 1697. Su hermana Constanza casó con el conde Estanislao Poniatowski, cuyo hijo fué el último rey de Polonia.

Augusto Czartoryski había hecho su carrera militar en el ejército austriaco, y entre otras acciones había tomado parte bajo las órdenes del príncipe Eugenio en la batalla de Belgrado en 1717. En una visita á su familia hizo conocimiento con una dama bellísima que tenía muchos pretendientes, entre los cuales figuraban los hijos de las primeras familias del país, nada menos que un Potocki, un Radzivil, un Bra-

(2) Sobre las familias polacas nobles en general véase la obra: *Notices sur les familles illustres et titrées de la Pologne*. Paris y Bruselas, 1862.

nicki y un Tarlo. Esta solicitada belleza era la viuda del vaivoda Dehnhof de Poloczk, y única heredera de las grandes riquezas de los Sieniawa. El joven Czartoryski desbancó á todos sus rivales, se casó con la viuda en 1731 y labró con su caudal inmenso la fortuna de su casa. Entre tanto había llegado su hermano mayor por la protección del feldmariscal Flemming, que le ganó el favor del rey Augusto II, á la dignidad de vice-canciller de Lituania, y pocos años despues á la de vaivoda de Rusia, mientras su cuñado Poniatowski había subido también por favor especial del rey á vaivoda de Masovia y á miembro del Senado.

A pesar de estos favores y declaradas preferencias que esta familia gozó con grandísimo beneficio suyo en la corte del rey sajón, se pasó en masa y unánimemente en 1733 al campo del rey rival Leszinski al cual no abandonó hasta que su causa estuvo definitivamente perdida, quedando á su lado impertérrita en Danzig hasta el postrer momento. Las últimas peticiones de este rey, sitiado en la citada ciudad por los rusos, fueron llevadas por Poniatowski á Berlin para solicitar el auxilio armado de la Prusia en cambio de un territorio que uniera la Prusia oriental á la Pomerania; mientras el gobierno ruso apoyaba sus negociaciones análogas en la misma corte con el ofrecimiento de la vaivodía de Pomerelia y la ciudad de Elbing.

La Prusia negó de consiguiente su auxilio, y cuando la causa del infortunado rey Leszinski estuvo irremisiblemente perdida, la familia Czartoryski se reconcilió con el rey Augusto III que la volvió á admitir sin rencor, restituyéndole todos sus empleos y dignidades. Desde entonces fueron vasallos fieles del rey sajón, mirando á la Rusia como patriotas resignados y convencidos de que nada podía hacerse ni quererse en Polonia sin la voluntad del poderoso vecino. Entonces renunció también esta familia para siempre á todas las ilusiones de un auxilio de la Francia y de un poder polaco. Se había convencido en una palabra de la completa impotencia y nulidad de su patria.

Los dos hijos Miguel y Augusto del príncipe Augusto Czartoryski y de su bella esposa fueron dignos de sus padres, porque el menor fué un excelente genio económico que supo administrar sus vastas haciendas con brillante éxito, y emplear sus pingües productos con una rara habilidad. El mayor de los dos hermanos fué estadista notabilísimo, orador de natural elocuencia y maestro en todas las artes que subyugan y arrastran á los hombres. Ambos hermanos reunían en sus personas las mejores cualidades que distinguían á los caballeros polacos de primer orden, mientras excedían en talento, instruccion y energía á todos cuantos luchaban entonces en Polonia por el poder. Dotados de esta manera presentáronse en la arena política de su país, esforzándose primero con los Potocki, y despues con los condes Brühl y Broglie para ver si con su apoyo podían salvar á su patria; pero el resultado de estos desesperados y habilísimos esfuerzos fué un período de anarquía, como jamás había visto el mundo, ni la misma Polonia otro igual. Es ocioso referir las asambleas disueltas, las elecciones hechas á puñetazos y sablazos, las confederaciones de distrito, que se hacían la guerra mutuamente, que llenaron todo el reinado de Augusto III de confusión y dan á este período un aspecto monótono. Dos únicos hechos de este caos merecen ser mencionados por las consecuencias que engendraron; el primero fué la presentación del menor de los Poniatowski en San Petersburgo en 1755; y el segundo la completa desaparición del partido francés en Varsovia en 1757.

El cuarto hijo del senador Poniatowski Estanislao Augusto que había nacido en 17 de enero de 1732, había sido imbuido por su madre, la entusiasta y valiente Constanza Czartoryska,

en la idea de estar destinado por la Providencia á cosas extraordinarias y de que le estaba reservado un gran porvenir.

Para alimentar y fijar esta creencia en su alma infantil, quiso la madre que el maestro de dibujo solo le hiciera dibujar cabezas de Césares, y antes de que el hermosísimo muchacho pudiese comprender la intencion sapientísima y profunda de estas y otras disposiciones de su madre, obtuvo Constanza que le jurara abstenerse hasta los 30 años de los placeres del amor, de la mesa y de todos los juegos de azar y de sociedad, es decir, habituarse á una vida radicalmente opuesta á la de los nobles polacos, sus compatriotas. El joven conde recorrió luego las cortes mas ilustres de Europa, y fué en Paris y Lóndres un discípulo tan aprovechado de la alta sociedad de aquella época, que olvidó completamente las severas instrucciones de su madre, y en 1775, contando solamente 23 años, volvió á su patria hecho un caballero completo, modelo raro de hermosura, que le conquistaba todos los corazones, sabiendo llevar la cabeza como si hubiese nacido rey, y con una fama de libertino acabado, de tal resistencia física inagotable en los placeres, de tan gran amabilidad y de un genio tan alegre é imperturbable, que le habían conquistado la amistad cordial del regente Felipe de Orleans. Reunía en su persona los tres talentos principales del cortesano francés de aquellos tiempos, á saber: el de seducir á las mujeres, suscitar pendeencias y desafíos y contraer deudas. Además tenía una cuarta ventaja: la de conocer la literatura, aunque superficialmente, lo bastante para desplegar á cada paso la deslumbradora rueda de pavo real con esas frases felices y chistosas, con las cuales se deslumbra tan fácilmente á los necios. En la conversacion era inimitable; podía hablar horas enteras dejando á su auditorio arrobado y pendiente de sus labios; dominaba completamente la jerga entonces moderna de los apóstoles de la ilustracion, sembrando sus conversaciones de las palabras de efecto de *razon natural, progreso, libertad, igualdad, humanidad, amor al prójimo, derechos inalienables del hombre*, etc. Gran talento había de tener la persona que distinguiera, al oírle hablar en cualquiera reunion, dónde acababa el orador y el hombre de Estado, y dónde empezaba el hablador y el comediante.

Este joven apuesto se granjeó entre muchos otros el afecto de Sir Hanbury Williams, embajador de Inglaterra en Rusia, en cuyo cargo ya hemos tenido ocasion de conocer los puntos que calzaba en la ciencia de conocer á los hombres. Este diplomático se llevó en el verano de 1775 la joven Poniatowski en calidad de secretario de legacion á San Petersburgo, donde le presentó á la corte de la emperatriz Isabel y á la de la gran duquesa Catalina, la cual al instante se enamoró de él.

Este lazo tuvo grandísimas consecuencias para el joven secretario y para su patria la Polonia. Como favorito, digámoslo así, oficial, de esta princesa, consiguió fácilmente al regresar en agosto del año siguiente á Varsovia, que el rey Augusto le enviara en enero de 1757 otra vez á la capital de Rusia para representarle allí como elector de Sajonia, porque el ministro, conde de Brühl, deseaba ganar para su soberano las simpatías de la gran duquesa y de su esposo, que en vista del estado delicado de la salud de la emperatriz podían ser llamados de un momento á otro á ocupar el trono imperial de Rusia.

Como Augusto, ni en su calidad de rey de Polonia, ni en la de elector de Sajonia, disponía nunca de recursos, tuvo que pagar el gasto la familia del joven embajador, y no era extraño que pagando, le considerase como embajador suyo en la corte de Rusia, donde le convenia extraordinariamente

(1) Véase la obra alemana de ROPELL: *La Polonia á mediados del siglo XVIII*. Gotha, 1876.

tener un agente y defensor desde que se había convencido de cuál había de ser irremisiblemente el destino final de su patria. El embajador francés en Varsovia conde de Broglie comprendió el objeto de la familia Czartoryski y redobló sus esfuerzos desesperados para reorganizar en la capital de Polonia un partido francés que se sobrepusiera á aquella familia y sacudiera el yugo ruso.

A haber sido realizable este plan, lo habría logrado el conde de Broglie primero que nadie, porque este diplomático, hermano menor del duque y posteriormente mariscal del mismo apellido, era hombre de cualidades extraordinarias, de talento, ingenio, valor y energía; manejaba la pluma tan bien como la espada, y había estudiado y conocía muy bien á las personas y las cosas que componían el caos político y social de Polonia. Desde la primavera de 1752 representaba á su país en la corte de Varsovia, y había logrado ponerse en correspondencia con el rey á espaldas de sus ministros y conquistar, todo por medio del príncipe de Conti, su afecto hasta tal grado, que el rey le perdonaba no solo su lenguaje franco, sino hasta su terquedad y desobediencia. A este diplomático no se le escapaba nada; todo le veía, comprendía y descubría con su mirada perspicaz, con sus intrigas habilísimas, y con el oro francés que repartía á manos llenas; de suerte que él solo era un adversario mas terrible de los Czartoryski que todos los adversarios polacos de esta familia juntos, aun los mas poderosos, como los Potocki, Mokranowski, Branicki y otros; pero contra el destino inevitable de las causas se lucha inútilmente. El plan de Broglie de reunir un fuerte partido francés que á la muerte del rey Augusto eligiese por sucesor suyo al príncipe de Conti y salvar así la patria, no pasó del estado de un buen deseo; todas sus intrigas y tareas solo consiguieron mortificar y herir á la familia Czartoryski, y aun infligir á sus intereses materiales golpes terribles, como en el asunto de la herencia de los Ostrog que le arrancó el conde de Brühl gracias al auxilio de Broglie al cual servía de instrumento; pero el resultado mas positivo fué, que con esto solo empujaron á la citada familia á convencerse mas y mas de que no había mas salvacion para ella que la Rusia. Así, creyendo Broglie trabajar para la Francia y la Polonia, no trabajó en realidad mas que en favor del poder moscovita. Esto prueba que en Broglie dominaba la vanidad sobre la inteligencia del hombre de Estado, y que el deseo de señalarse por algun hecho grande no le dejó distinguir lo posible de lo imposible. Dicen que anunció con mirada profética el fin inevitable de la república aristocrática polaca en una memoria magistral; pero su falta consistió principalmente en creer que desde Versalles podia cambiarse el destino fatal de los polacos; que con su apoyo la impotencia polaca se cambiaria en potencia, y viceversa que mediante el influjo suyo y de la corte francesa se trocaria en impotencia el poder superior de la Rusia y de sus aliados (1).

Estaba todavia Broglie en el colmo de sus ilusiones cuando se decidió á dar un golpe formidable con el alejamiento del

(1) Véase sobre la mision diplomática del conde de Broglie la obra de BOUTARIC: *Correspondance secrète inédite de Louis XV sur la politique étrangère avec le comte de Broglie, Tercier, etc.* Paris 1866, tomo I; y la obra mencionada en otro capítulo del DUQUE DE BROGLIE, *Le secret du roi. Correspondance secrète de Louis XV avec ses agents diplomatiques 1752-1774.* Paris 1879. Las cartas del rey que publican estas dos obras muestran una inteligencia tan infantil, que pasma. En una de ellas, fechada en 22 de enero de 1757, se encuentra el pasaje inocente que copiamos aqui con todas sus faltas ortográficas: *Je trouve très bon, comte de Broglie, que vous me fassiez toutes les représentations que vous croirez devoir me faire et à mes ministres, MAIS AIES TOUJOURS EN VUE L'UNION INTIME AVEC VIENNE; C'EST MON OUVRAGE. Je le croy bon et je le veux soutenir.*

conde de Poniatowski de San Petersburgo. En efecto logró que el conde de Brühl accediera al deseo de Bernis de llamar al citado embajador de la capital de Rusia donde no le servía de nada, porque no se cuidaba allí ni de los intereses del rey Augusto ni de los de Francia, sino solo de los suyos propios y de los de su familia. Pero á pesar de todo el conde Poniatowski continuó donde estaba.

La batalla del 5 de noviembre de 1757 tuvo entre otras consecuencias la de deshacer el partido francés en Polonia, resucitado con tanto trabajo. Sobre esto escribe el biógrafo de Broglie: «A contar desde esta fatal jornada quedó perdido todo; la esperanza de arrancar á la Polonia de las garras de la Rusia conquistadora quedó reducida desde entonces á una simple ilusion, á la cual (Broglie) se había asido por demasiado tiempo. Poniatowski, que ya había recibido hora para la audiencia de despedida, retiró su solicitud y se quedó en San Petersburgo mientras la corte sajona se deshizo en protestas para dar al gabinete de San Petersburgo y á la emperatriz Isabel muestras de su ilimitado cariño, dejando que las tropas moscovitas acantonadas en Polonia tratasen al país como conquistado. El rey Augusto y su ministro cambiaron entonces completamente de conducta para con el ministro francés á quien recibieron desde aquella jornada con una frialdad casi grosera, guardando apenas las mas simples atenciones que exige la cortesía diplomática, mirando con desden todas sus reclamaciones y quejas sin honrarlas siquiera con una contestacion; y en igual desgracia cayeron todos sus amigos polacos,» etc.

Para sacar el gobierno francés á su embajador de una posicion tan falsa, envióle una licencia temporal que permitió á Broglie regresar á Paris en marzo de 1758. En 1760 fué nombrado para reemplazarle Paulmy cuyas instrucciones eran una sentencia condenatoria inexorable de la política personal y oculta del rey Luis XV en los asuntos polacos, y decían clara y precisamente lo que jamás debería haber ignorado ni olvidado la diplomacia francesa, á saber: que el rey de Polonia había sido tratado equivocadamente hasta entonces como una potencia de la cual se podia temer ó esperar algo; que este era un error diplomático, porque el rey de Polonia no tenia ningun poder, y la constitucion de su reino no merecia mas nombre que el de anarquía. El interés de la Francia, decía la instruccion, consiste en que esta anarquía dure. El embajador debe mostrar respeto de la llamada libertad de los polacos, las simpatías puramente necesarias para conservar la anarquía, sin mezclarse en la lucha de las facciones, y procurar en lo demás que ninguna potencia extranjera se engrandezca á costa de la Polonia (1).

Estas instrucciones significaban la retirada de la Francia de la escena política polaca, y la victoria completa de la política rusa en este campo. Esta política fué dirigida y llevada adelante desde la subida al trono de Catalina II, con una maestría, un talento, una circunspeccion y un vigor tales que, si prescindieramos de la justicia y de la moralidad de los medios empleados, habria que confesar que el genio que dirigió esta empresa se mostró perfecto maestro en las artes de la política y merece como tal la admiracion mas incondicional (2).

(1) Véase FLASSAN, *Histoire de la diplomatie française.* Tomo VI.

(2) El caso es que no se puede prescindir de la justicia ni de la moralidad de los medios. La Polonia vivía efectivamente en una gran anarquía; pero acaso habria podido salir de ella y cambiar de instituciones políticas y sociales si las potencias que acechaban su presa no se lo hubieran impedido. Todos los esfuerzos de algunos buenos patriotas para cambiar de instituciones fueron infructuosos ante las intrigas de las potencias que despues se repartieron la Polonia. Les convenia la anarquía y la sostuvieron hasta el momento oportuno. (N. del T.)

Ocho dias despues de la subida al trono de la emperatriz Catalina II, en 17 de julio de 1762, murió asesinado su esposo Pedro III, y en 20 del mismo mes publicó Ernesto Juan Biron, duque de Curlandia, llamado de su destierro por el nuevo gobierno ruso, un manifiesto dirigido á los brazos de su ducado, avisándoles que dentro poco volveria á tomar en sus manos el gobierno de su país. En 8 de agosto siguiente la emperatriz Catalina hizo representar al rey de Polonia la necesidad de que hiciera abdicar voluntariamente á su hijo Carlos, á quien injustamente habia nombrado duque de Curlandia; mientras una division de 15,000 rusos que entraron simultáneamente en dicho ducado apoyó debidamente la reclamacion de la corte de San Petersburgo. Otro cuerpo de 2,000 hombres ocupó para mayor seguridad la plaza fuerte de Graudenz y al mismo tiempo marchó á Varsovia en calidad de enviado diplomático de la emperatriz el viejo conde de Keyserling, ex-catedrático de la universidad de Königsberg, que conocia á fondo las condiciones de la Polonia, y habia además dado pruebas en otras dos ocasiones de que sabia cumplir sus cometidos con la astucia que caracteriza á la diplomacia rusa. La mision de este agente nos la revela la emperatriz Catalina en una carta que escribió á su amante Poniatowski y que empieza así: «Envio á Keyserling á Polonia con órden de haceros á vos ó á vuestro primo el príncipe Adan Czartoryski, rey de ese país.»

Segura la familia Czartoryski del auxilio de la Rusia, levantó un ejército de 4,000 hombres entre sus parciales para derribar á la dinastía sajona. Augusto III salió de Varsovia y murió en 5 de octubre de 1763; su hijo Carlos abandonó á Miatou capital de la Curlandia, y mientras la confusion en Polonia llegaba á su colmo, firmó Catalina un convenio con Federico el Grande para una accion comun en los asuntos de este país. Este convenio firmado en 11 de abril de 1764 en San Petersburgo por el representante del rey de Prusia, conde de Solms, y por el conde de Panin y el vice-canciller Galitzyn á nombre del gobierno ruso, obligaba á las dos potencias firmantes á proteger en primer lugar la libertad electoral de los polacos, y en segundo lugar los derechos de los disidentes de la religion católica, á hacer lo posible para dirigir la atencion de los polacos á un descendiente de la antigua dinastía Piasta, é impedir mancomunadamente todo ataque á la antigua constitucion de la nacion polaca. El *Piasta* propuesto por la emperatriz Catalina para el trono electivo de Polonia, era el jóven conde Poniatowski, que contaba además con el apoyo de sus tíos, los príncipes Czartoryski, porque estos suponían, que siendo el título de rey puramente honorífico, tendrían ellos siempre el poder efectivo. A la cabeza de una confederacion armada apoyada por la Rusia y la Prusia convocaron á la nobleza polaca á un parlamento nacional que se reunió en Varsovia, al cual solo acudieron 4,000 nobles adictos á la citada familia, y pagados segun su relativa posicion, cuando á otras elecciones de rey solian acudir 60,000 á 80,000 electores nobles para participar de las gratificaciones y armar ruido. Esta vez se abstuvieron por temor á las bayonetas rusas, bajo cuya proteccion, dulcificada con la distribucion de 3 millones de rublos, los 4,000 nobles reunidos votaron y proclamaron unánimemente en 7 de setiembre de 1764 por rey de Polonia al conde de Poniatowski.

Esta era la tercera vez que la casta *libérrima* de los nobles polacos admitia por jefe, bajo el título de rey, á un lugarteniente ruso. La ley natural que rige tan inexorablemente al mundo político, como la ley de la gravedad rige al mundo físico, condujo paso á paso á la Polonia á su incorporacion definitiva al imperio ruso. Contra este destino era completamente impotente la casta que se llamaba nacion polaca, pues

que no podia cambiar su organismo social. Para impedir esta incorporacion total que de ningun modo convenia á las otras potencias vecinas, no habia mas que un solo medio, á saber: el reparto de la Polonia entre todas ellas, reparto si posible era, pacífico, y hecho de comun acuerdo, sin llegar á las manos; y el genio que logró resolver el problema de esta manera realizó una obra maestra de primer órden.

VII.—EL DESPOITISMO REFORMADOR EN DINAMARCA.
EL CONDE DE STRUENSEE.

La forma política actual de la monarquía danesa fué fundada por dos parlamentos reunidos en Copenhague en diferentes épocas; el del año 1536 destruyó el dominio eclesiástico antiguo, y el de 1660 concluyó con el poder absoluto de la nobleza. Para comprender la historia de Dinamarca en el siglo XVIII es indispensable conocer la de estos dos parlamentos y las consecuencias que tuvieron.



Medalla de Estanislas Augusto Poniatowski

Cristiano III, despues de haber salido victorioso de la guerra llamada de los condes, tuvo en 12 de agosto del año 1536 una reunion secreta con los miembros laicos del consejo de Estado, la cual á propuesta del rey resolvió que en lo sucesivo la Dinamarca seria gobernada exclusivamente por consejeros laicos, y que ningun obispo tendria autoridad ninguna civil ni eclesiástica en el reino, á no ser que lo permitiera un concilio general de toda la cristiandad (1). Tomado este acuerdo fueron presos todos los obispos y presos continuaron hasta que la obra de la reforma estuvo concluida. Esta reforma fué hecha por el parlamento que se reunió en 15 de octubre en la capital, y del cual formaron parte 400 miembros entre nobles, diputados de las ciudades y representantes de los labradores. Cerróse el 30 de octubre y proclamó aquel dia en la gran plaza del mercado ante el pueblo reunido la siguiente resolucion: Quedan abolidos el título y dignidad de obispo; la Iglesia será reformada conforme á la doctrina de Lutero, y se gobernará por superintendentes, sin intervencion del poder civil. La corona se incautará de los bienes episcopales para disminuir las cargas que pesan sobre los súbditos contributarios y para pagar las deudas del reino; el diezmo del obispo, los bienes de los conventos y otras propiedades del clero serán aplicados á objetos religiosos, fundaciones piadosas, pensiones para sábios, y al fomento de la universidad y de las escuelas. Preguntado luego el pueblo reunido en la plaza, si estaba conforme con estas innovaciones, aplaudió todo con inmenso júbilo y contestó á una voz: Queremos sostener firmes el santo Evangelio; que no haya mas obispos; y que se entre-

(1) Véase la *Historia de la monarquía danesa* por LUIS DE HOLBERG, escrita en dinamarqués, traducida al alemán y publicada simultáneamente en Flensburg y Leipzig 1757.